





NEUROSIS



Oswaldo González Iglesias

NEUROSIS





Primera edición: mayo de 2018

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Osvaldo González Iglesias

ISBN: 978-84-17362-48-5

ISBN digital: 978-84-17362-49-2

Depósito legal: M-10037-2018

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España



*A todas aquellas que creí haber amado
y a las que aún amaré.
Al Dr. Ricardo Nassif, Neurólogo, Psiquiatra,
especialista en adicciones, quien me ayudó a entender.
A Nicholas Szerman, joven y potencial científico,
estudiante de la Universidad de Michigan,
quien me develó aspectos de la física.
Nuevamente a mis hijos quienes soportan con
inclaudicable paciencia mi pesada retórica.
Sin ellos este libro no habría sido posible.*



Aunque algunos de los hechos descritos en la siguiente novela pareciera tener un correlato con la realidad, es necesario aclarar que se trata de una ficción y los hechos son solo imaginación del escritor.



Prólogo

Me veo en la necesidad de manifestar algunas breves consideraciones. Para mí una historia está compuesta por esos acontecimientos que, teniendo su correlato en la vida real, son teñidos en la ficción de varios y disímiles elementos, uno de ellos es el tiempo, ese deviene relativo, no lineal como el calendario —ese que nos ordena la vida—, va y viene incesantemente intentando en ese movimiento captar, como chispazos reveladores, los momentos que tejen la trama de acuerdo a la necesidad del relato. Así como el espacio, carece de lugar, digamos transitamos un no lugar, ni arraigo, ni morada, solo la volatilidad de esos cuerpos que se instalan en una levedad que los aleja de espacios predeterminados. Son esos cuerpos los que construyen ese espacio insolvente, fugaz, difuso. Los personajes tienen su temperamento que los lleva a moverse de determinadas formas, intempestivamente, aquellos de una personalidad impulsiva, los que no calculan sus actos, son los que prefieren reaccionar para luego ver qué quedó de eso. Algunos quizás más precavidos intentan estar delante de sus acciones para prever, de ser posible, sus consecuencias, otros simplemente entran en el juego desprovisto de ambos elementos, solo van y vienen dejando que sus comportamientos y los acontecimientos que de estos devienen transcurran sin sobresaltos, como si estuvieran ajenos a los distintos dramas en los que son envueltos.

Los personajes suelen reaccionar producto del efecto que causan en ellos determinados tipos de pulsiones: ansiedad, angustia, temores, desenvolviéndose en un movimiento circular en donde

se busca lo que no se tiene, mientras a la angustia por conquistarlo se suma el pesar por la posible pérdida de lo que sí ya se tiene, la angustia se renueva y ensancha, al notar que ese vínculo con lo conquistado dura lo que dura la emoción placentera que nos produce el proceso de conquista, luego ella muere. Si no logramos alcanzar ese objeto tan deseado, el mundo parece desmoronarse en pocos segundos en rededor nuestro, hasta comenzar un nuevo ciclo, interminable, en un permanente retorno de lo mismo. ¿Entonces?

Con estos elementos podemos decir que la gran ciudad —dentro de nuestra historia, y de los espacios difusos de los personajes— va tomando la forma que ellos le van imprimiendo e imaginando, para que en esas conveniencias se establezcan vínculos de armonía extraídos de los años de experiencia que se sustraen de lo vivido. La experiencia le sugiere al hombre moderno ser las más adecuadas para evacuar sus necesidades urgentes, esas que, de no ser correctamente satisfechas, ocasionan en ellos un encadenamiento de frustraciones y depresiones más agudas que las usuales, por eso es que se mueven por los bordes, dado que, en realidad, no todas las demandas son satisfechas. Comienzan a enfrentarse con ese fracaso, son atraídos a periodos de aislamiento, de decepción, sentimiento que los lleva a reprimir sus actos más comunes, por inapropiados, por banales, mientras crece en su interior un ostensible resentimiento.

Es solo una novela, es pura ficción. Se preguntarán... ¿Por qué creo necesario realizar esta sintética aclaración? Les tendré que responder que sinceramente no sé, como tampoco sé el sentido de estas historias, quizás el arrebató de contarlas sea con el solo fin de satisfacer mi deseo de compartir esa confusión, que no termino de aclarar y que tiene a la conducta del hombre como centro del interrogante.

¿Qué nos lleva a odiar o amar?, si en realidad ambos sentimientos son construcciones que demandan nuestras íntimas y más oscuras necesidades, que tienen el eje puesto en ambos casos en un

egoísmo ciego... ¿Qué nos impide ver más ella? ¿Qué papel juega la razón, el cálculo, la previsión, sino la intención de un logro que satisfaga nuestras necesidades existenciales? ¿Qué necesidades? La de lograr objetivos, metas, éxitos, ¿pero en qué consiste todo eso? Si buscamos en otros parajes y observamos con más detenimiento quizás con el tiempo adquiramos una disciplina nueva que nos permita ver otros lares.

Los personajes, como en la vida real, se desenvuelven en tiempos difusos, tiempos conformados por el espacio que ocupa sus planes, sus actos, sus movimientos, a veces largos a veces cortos, pero ajenos a las manecillas del reloj, sometiendo a sus cabezas a las valoraciones que de cada cosa tiene su protagonista: un beso es fugaz, solo un segundo, un insulto perdura por días, la luna llena envuelve ese momento que se convertirá en inolvidable, quizás eterno.

En ese tiempo se quedó Rodolfo perdido, en ese único tiempo que compuso como eterno, cuando con Cristina logró eyacular su amor. En otro tiempo se quedó ella en busca de la palabra adecuada del significado preciso, ese que permitirá darle sentido a su vida. Eterno fue el tiempo de Ernesto mientras amasaba su sueño, ese su único tiempo en el que fuera capaz de retraer a la humanidad al momento de su decisión más extrema, más lúcida que le ayudará a recapacitar en el tramo final de su imaginaria existencia. O los lagartos, esos subgénero que tenían un tiempo eterno guardado en su delirante osadía. Para ellos ese era su tiempo y no otro, la opción era solo no quedarse quieto.

Corto y fugas fueron los momentos en donde el ministro decidía el curso de una acción, y eternas sus consecuencias. Fue perpetua la bala que en la noche con curso preciso se disponía a franquear la vida de aquel solitario soldado de las sombras. Eterno fue, también, cómo concibieron el tiempo aquellas mujeres que apenas sus cuerpos tomaban contacto en la oscuridad de la bóveda estelar, creían recrear una superior forma de vida.

Por último, saquen ustedes sus propias conclusiones, y en ese intento quizás logremos arribar a algún desenlace que nos ayude a entender un poco más.

OSVALDO GONZÁLEZ IGLESIAS

Capítulo I

Si el peligro más maligno y mordaz
es el pensamiento mismo, es necesario
que piense contra sí mismo,
lo que solo raramente logra
HEIDEGGER

1

La ciudad se extiende sobre las anchas avenidas que, por una u otra vertiente convergen hacia la zona en donde se conforman un complejo conjunto de edificios que albergan a los más destacados personajes de la vida política, social y empresarial de la gran urbe. Estructuras colosales extendidas a lo ancho del territorio con sus imponentes recibidores, marquesinas y columnas suntuosas, que desde su interior reflejan de un color naranja las calles casi desiertas. Estructuras asentadas sobre sólidas bases de concreto que se supone perduraron por siglos. Moles de cemento trazado sobre líneas verticales, unidimensionales delimitando superficies curvas, que elípticamente trazan a la distancia formas geométricas establecidas con prolijo diseño. Sus accesos y circulación interna están delineados para que solo puedan ser transitadas por aquellos que cuenten con la autorización correcta. Sus circuitos y sus esquemas responden a los que originalmente constituyó el diseño de las ciudades imperiales chinas: un gran muro, que cerraba el lugar con caminos

que se bifurcan hacia varios lados sin saber nadie cuál sería el correcto, si para eso no contaba con las indicaciones precisas. Una vez dentro solo los habitantes del lugar se moverían con absoluta facilidad.

El sur hospeda a estos monumentos que se extienden sobre una superficie renovada por el tiempo y que transformó el lugar en un coto de privilegios, hoteles, universidades, institutos escolares, paradores, salones de convenciones, restaurantes. Todos ellos dan cobertura a una élite que resguardaba con sumo celo sus espacios, ellos se desenvuelven con indolencia pero con destreza de un extremo a otro. Cuidadosos de no cruzar las tan mentadas fronteras con la provincia, ámbitos en donde residen peligros que escapaban a todo control oficial.

El palacio de gobierno, sede del alcalde y su séquito de funcionarios, la corte suprema, los jueces federales, la fiscalía y los distintos organismos que a la distancia manejan los centros penitenciarios, más las comandancias, se encontraban en una zona que se extendía sobre los bordes del riachuelo hacia los límites del barrio de Pompeya, frontera con la ciudad atrincherada, más distante, en el barrio de Barracas.

El resto de la ciudad fue diseñada y vuelta a diseñar por destacados urbanistas con el propósito de desarrollar las formas más modernas, y así, estar a la altura no solo de las ciudades más avanzadas del mundo, sino, sobre todo, de los nuevos contextos sociales, sus cambios culturales, funcionales y estéticos.

Se pretende con ello alcanzar una solidez conceptual y una fortaleza estructural, con el fin de perdurar en el tiempo. ¿Quién no soñó con dejar legados en la historia?, aunque esta última termine devorando hasta las más conspicuas ambiciones. Persisten para poder lograrlos, destinan buena parte de los recursos del estado para estos fines. Procurando imprimirle las huellas de una época que muchos creen memorable.

El semáforo lo obligó a detener su marcha. El vehículo quedó sobre la senda peatonal obstaculizando el cruce de unos pocos transeúntes, quienes, indiferentes a su presencia, desafiaban la noche. La ciudad, en penumbras, soporta el paso que la densa bruma y la humedad la sofoca. La senda de luces marcan el curso de su recorrido, las mismas convergen, uniéndose a lo lejos con la gran avenida portuaria, por ahí tomaría rumbo al oeste camino a su casa.

Le bastaron unos pocos segundos (los que demoraría el semáforo para habilitar su paso), en sumergirse, sin proponérselo, en esa preocupación que desde la semana pasada le daba vueltas por su cabeza, su inminente divorcio.

Las cosas con Mabel ya no eran como antes, esta situación era amarga por varias razones. Mabel es la madre de sus dos hijos, con ella compartió casi toda su vida, y, aunque es cierto que ya no sentía lo mismo la posibilidad de perderla, lo dejaba en una situación de extrema fragilidad, él sabía por experiencia que, cuando algo malo le sucedía, era cuando más necesitaba de su comprensión y de su apoyo. No podría afrontar batallas simultáneas, ella le daba seguridad, convicción para enfrentarlo todo.

Rodolfo toma la senda prevista, ya a esta hora Mabel estará dormida. En un bol de plástico estará lista la comida para ser procesada por el microondas, la devorará en soledad como era costumbre.

Pensará en las proximidades de las fiestas, más allá de sus creencias es un momento del año en que se recortan esos sentimientos potenciados en el grupo familiar. Un halo invisible une como un puente a las personas, aún aquellas con las que nada se comparte el resto del año. Aunque los sentimientos no existían en realidad y que lo que surja sean solo destellos, apego a un tiempo que ya no existe, entre dos personas que dejaron de amarse.

Apenas cruza la avenida escucha una explosión, nota cómo el vehículo sacudía el volante hacia la derecha. Le tomó unos segun-

dos darse cuenta lo que pasaba. Estacionó sobre el cordón, sintió una gran desesperanza, le pareció en ese instante que su vida era solo una sucesión de fracasos. «La puta madre que lo re mil parió». Descartó la posibilidad de comentarle el incidente a Mabel, sabe que nuevamente ella lo considerará un fracasado. Ella le perdió la compasión que le tuvo cuando lo amaba, era incapaz de encarar sus propios conflictos. ¿Desde cuándo Mabel dejó de quererlo?, ¿cuándo fue que a ella le dejaron de preocupar sus cosas, sus pequeñas dificultades? Debajo del farol comenzó a cambiar la rueda, la luz era suficiente para encajar a cada tuerca.

Mientras comenzó a guardar las cosas y limpiarse con un viejo trapo que tenía para estas ocasiones, su celular empezó a vibrar, no llegó a atenderlo, le llevó unos minutos descubrir dónde lo había dejado, suficiente para que el mismo dejara de insistir. Para su sorpresa el aparato estaba sobre un cantero que bordeaba el árbol en donde además había depositado sus herramientas, si no fuera por la llamada quedaría olvidado, ahí donde lo dejó. Sumando fracasos. La llamada perdida era de Mabel, «qué raro». A pesar de eso no le contará del incidente. Cuando llegó la casa estaba en silencio, casi en penumbras, todos dormían. Rodolfo pasó por el cuarto de los chicos, después de observar cómo dormían, cerró con sumo cuidado la puerta, llega a la heladera y se toma una cerveza. Bebió de a poco, parecía disfrutarlo, no comió, no tenía fuerzas para mover un músculo más, se dirigió a su cuarto, atento a sus movimientos se comenzó a desvestirse de a poco, en silencio, dejándose caer suavemente sobre el borde de la cama, quedó sentado de espaldas a su mujer, no quiso mirar, sabía qué es lo que encontraría. Mabel seguro estaría de espaldas volcada sobre un rincón, tapada hasta el cuello, pero a pesar de la pesadumbre, miró sus formas dibujarse tras las sábanas, sin esperar nada, le destapó un hombro y la besó con esmerada suavidad, solo un gesto, «algo de humanidad», pensó, y volvió a su rincón, con fastidio, con esfuerzo, dio vuelta su cuerpo, intentando producir el menor esfuerzo posible. Una vez establecido en la posición más cómoda, decidió dormir: lo primero

que alteró su voluntad fue el recuerdo de la noche de navidad, que se aproximaba, el viaje a la casa de sus viejos, la larga sobremesa, que se establecía como primera imposición, la habitual discusión con su hermanos, las quejas de la vieja. En fin. No creía tener fuerzas para eso.

*

La puerta de la oficina se abrió con violencia, tras de sí la figura de Claudia se imponía sobre todo, dándole vida al ambiente, el movimiento de sus brazos, el contorneo de sus caderas, el flamear de sus faldas, provocaba bruscos movimientos que interrumpían la plácida y estanca escenografía del salón. Sin tiempo a la reacción de su atento interlocutor, anunció la noticia que jamás este se hubiera imaginado.

3

Mabel trabaja en la oficina central que la empresa mantiene aún en el perímetro norte de Puerto Madero, aunque de a una la mayoría de los establecimientos, con el tiempo se fueron trasladando hacia el distrito sudeste, aquellas con una mentalidad más conservadora sostenían perimidas costumbres sobre el ámbito en que se debía desarrollar su funcionamiento, creyendo que de esa forma conservarían una cultura del trabajo que ya nadie tenía en cuenta, aunque la sociedad asumió esto con indiferencia: la misma consistía en establecer un contacto más directo con los residuos de naturaleza que sobrevivía en la gran ciudad, y que resistía en perdurar. Un ambiente de amplia luminosidad, entre las oficinas a través de paneles vidriados que permitía una visualización de todo el personal que se encontraba en el interior de sus oficinas. También la percepción de destellos de vida natural que, a través de un sistema de reflejos preestablecidos, transportaba el verde de un intenso follaje entrecruzado con el burbujeo de la amarronada agua de los diques que se extendían en la superficie del edificio hacia el interior de los

extensos salones de mármol como un reflejo que se multiplicaba al rebotar profusamente sobre las paredes cristalinas.

Estas cosas eran inconcebibles en el distrito sudeste de la ciudad en donde ya los emprendimientos estaban sujetos a nuevos y revolucionarios estándares de convivencia urbana, en mayor correspondencia con la dinámica laboral acorde a modelos asociados, los resultados, la efectividad y por supuesto a una dinámica de funcionamiento que le permitiera al hombre que se desenvuelve en esos ámbitos hacer un uso eficiente y dinámico de su espacio.

Mabel desde un quinto piso mira a través del gran cristal el andar despojado en tropeles de pequeñas embarcaciones que trazaban un apenas perceptible sendero a su paso sobre el agua casi turbia del dique. La cautivaba lo lineal: las formas, la precisión de los remos en su vuelo semicircular, cuando estos, penetrando perpendicularmente en el agua impulsan a las embarcaciones hacia adelante para volver a salir embadurnados en un chorro platinado que se dejaba caer para retomar su proceso. A Mabel la atraían sus formas perfectas, sin las cuales, creía que el mundo no podría funcionar correctamente, la armonía manifiesta en los movimientos de estos deportistas que se insertan en esa geometría, sus músculos, articulaciones y extremidades son las que hacen posible esa increíble exposición estética.

Nada perturba su concentración. Parecía extraer de ella respuestas a los sinsentidos por los que atravesaba su vida. Mabel estaba absolutamente convencida de que cuando las cosas dejan de encajar unas sobre otras, se desencadenarían acontecimientos que en su imprevisibilidad producirían trastornos imposibles de prever, acontecimientos cuasi fatales que arruinarían cualquier proyección de vida, cualquier trazado de un destino posible.

Si —pensó— en algún momento las piezas encajaban, formando la armonía necesaria ante las contingencias que nos enfrenta la implacable monotonía, las cosas funcionan, la conformidad de las formas alimenta esa estética, embelleciendo el cuadro de la vida, la avenencia en los encuentros, las voces acordes y precisas,

el entrelazamiento de los cuerpos, cerraban el círculo de la excelencia. Hasta ese estado en que se enreda la pasión que musicalizan acordes de gloria, de batalla con final a victoria, produciendo en su armonía destellos de perfección. No sé —supone Mabel—, ya no. Antes, todo fluía con naturalidad. Ahora solo se fueron sumando pequeños desencuentros, diálogos cruzados, confrontadas sorderas, tiempo dilapidado por la desidia, desencuentros violentos, inexplicables, dejadez, todo eso y quizás más. ¿Cuántos más fueron los elementos que interrumpieron la armonía? Lo que fue construyendo un metálico y helado muro con resabios de nuestras mal logradas ambiciones, desapareciendo de a poco, casi sin notarlo esas formas de imprescindible belleza que hacen posible la armonía necesaria para que perdure en el tiempo cualquier amorosa convivencia.

Aunque los navíos se sucedían unos a otros sobre los diques hacia la ribera norte, conformando un enjambre que hendía en infinitos trazos la extensa ribera, esta situación no conmovía a los pocos transeúntes, quienes absorbidos por sus premuras asumen un manifiesto desinterés por su entorno. Solo Mabel creía ver cómo funcionaba el mundo.

4

Claudia no terminó de comentar el incidente cuando el gerente general la sacude de un brazo arrimándola ante sí con la intención de con ese solo y violento movimiento poder calmarla. Ya había escuchado suficiente, no quería provocar alboroto, tenía que asimilar lo ocurrido para lograr encarrilar la situación y amainar los daños que la misma pudiera causar. Él sabía como todos que su futuro dependía de eso.

—¡Cuidado! ¿Qué te pasa?

—Tranquilízate.

Aunque se encuentran en una oficina jaula, vidriada y hermética, los comportamientos de ambos dejaban evidenciar el clima

tenso de su interior. Con disimulo algunos empleados miran con prevención, curiosidad o temor, todos los que percibieron la situación sintieron inseguridad, que persistirá por mucho tiempo y que surcará las entrañas de la lujosa torre.

Claudia es rubia, de cabello ondulado caído sobre sus hombros, su blusa de seda blanca ceñida sobre una falda negra ajustada, zapatos de tacones medio de charol gris, un ancho cinturón de tela ajustada sobre una estrecha cintura de la que caen sus entornadas piernas que le dan consistencia a sus poderosas caderas.

No hace mucho que trabaja en la empresa, era la secretaria de legales, recomendada por el ministro saliente de justicia. Sin que esto empañe sus méritos, era lúcida, resolutiva, con esa autoridad que emana de sus conocimientos acreditados por sus asignaturas y la experiencia acumulada a pesar de sus treinta y tres años, recién cumplidos.

Claudia se desenvolvía con soltura en el mundo de las leyes, experta en litigios con el estado, se había por años familiarizado con los procedimientos administrativos oficiales. Conocía al dedillo sus leyes, normativas, resoluciones, concedora de las pautas que regulan el funcionamiento de las petroleras, nacionales e internacionales. Claudia bordeaba los límites sin afectar la rentabilidad, aunque existían a esta altura otros especialistas de mayor alcance, ella representaba el lazo más estrecho con una élite que, a pesar de rotar en los cargos públicos indefinidamente, conservaba el manejo de resortes resolutivos estratégicos para estos emprendimientos, además Claudia contaba con ese encanto seductor, al que pocos interesados oponían resistencia.

Ya más calmada, con sus manos aún inquietas apoyadas sobre su falda, comenzó a narrar los hechos. Los ojos del gerente general revoloteaban de ansiedad sin poder en última posarse sobre el rostro de la angustiada mujer.